

COLECCIÓN CRISTIANOS DE HOY

A 28 pasos de Pentecostés

VIA CRUCIS - VIA LUCIS

JULIÁN LUIS DÍEZ GONZÁLEZ



COBEL EDICIONES

ÍNDICE

Introducción	7
Umbral	13
VIA CRUCIS: CATORCE PASOS POR LA CALLE DE LA CRUZ	15
Oración inicial	17
I. Jesús en el huerto de los olivos.	19
II Jesús traicionado por Judas y arrestado.	25
III. Jesús es condenado por el Sanedrín.	31
IV. Jesús es negado por Pedro.	37
V. Jesús es juzgado por Pilato.	43
VI. Jesús es flagelado y coronado de espinas.	49
VII. Jesús carga con la cruz.	55
VIII. Jesús es ayudado por el Cirineo a llevar la cruz.	61
IX. Jesús encuentra a las mujeres de Jerusalén.	67
IX. Jesús es crucificado.	73
XI. Jesús promete su reino al buen ladrón.	79
XII. Jesús crucificado, la Madre y el Discípulo.	83
XIII. Jesús muere en la cruz.	89
XIV. Jesús es depositado en el sepulcro.	95
Oración final.	100

VIA LUCIS: CATORCE PASOS POR LA CALLE DE LA LUZ	103
Oración inicial.	105
I. Jesús resucita de entre los muertos.	107
II. Los discípulos encuentran el sepulcro vacío.	113
III. Jesús se manifiesta a María Magdalena.	119
IV. Jesús en camino con los discípulos de Emaús.	125
V. Los discípulos reconocen al Señor al partir el pan.	131
VI. Jesús se muestra a los discípulos.	135
VII. Jesús concede a los discípulos el poder de perdonar los pecados.	141
VIII. Jesús confirma la fe de Tomas.	147
IX. Jesús se muestra a sus discípulos en el lago de Tiberíades.	153
X. Jesús encomienda a Pedro el cuidado de los hermanos.	157
XI. Jesús envía a sus discípulos.	161
XII. Jesús sube al cielo.	167
XIII. La primera Comunidad espera al Espíritu Santo.	175
XIV. Jesús envía su Espíritu.	181
Oración final.	188
Término	190

VIA CRUCIS

14 PASOS POR LA CALLE DE LA CRUZ

«Vamos a participar en la Pascua ahora aún de manera figurada. Pero dentro de poco participaremos ya en la Pascua de una manera más perfecta y más pura, cuando el Verbo beba con nosotros el vino nuevo en el reino de su Padre; cuando nos revele y nos descubra plenamente lo que ahora nos enseña sólo en parte.

Inmolémonos nosotros mismos a Dios, ofrezcámosle todos los días nuestro ser con todas nuestras acciones. Estemos dispuestos a todo por causa del Verbo; imitemos su Pasión con nuestros padecimientos; honremos su sangre con nuestra sangre; subamos decididamente a su Cruz.

Si eres Simón Cireneo, coge tu Cruz y sigue a Cristo.

Si estás crucificado con Él como un ladrón, como el buen ladrón confía en tu Dios.

Si por ti y por tus pecados Cristo fue tratado como un malhechor, lo fue para que tú llegaras a ser justo. Adora al que por ti fue crucificado, e, incluso si estás crucificado por tu culpa, saca provecho de tu mismo pecado y compra con la muerte tu salvación. Entra en el paraíso con Jesús y descubre de qué bienes te habías privado.

Si eres José de Arimatea, reclama el cuerpo del Señor a quien lo crucificó, y haz tuya la expiación del mundo.

Si eres Nicodemo –el que de noche adoraba a Dios– ven a enterrar su cuerpo y úngelo con ungüentos.

Si eres una de las dos Marías, o Salomé, o Juana, llora desde el amanecer; procura ser el primero en ver la piedra quitada, y verás también quizá a los ángeles o incluso al mismo Jesús»

S. Gregorio Nacianceno, Sermón 45

ORACIÓN INICIAL

Cristo Jesús:
Serenos y alegres,
te levantas de la mesa del Sacramento
y te lanzas a la calle.
Has plasmado el modo divino
de permanecer tú
todo entero
en el tiempo de los mortales.

Conmocionados,
temblando de estupor,
los tuyos no acaban de comprender.
No entienden que en este Pan
-eres tú-
permaneces con todo el misterio
de tu presente y de tu pasado
-antes que Abraham naciera existes tú-:
Jesús encarnado, concebido; Jesús gestado;
Jesús niño y muchacho; Jesús joven;
Jesús hijo, huérfano, artesano;
Jesús maestro, profeta, Mesías;
Jesús incomprendido, calumniado, buscado;
Jesús temido;
Jesús anhelado, seguido, adorado...
Con todo el misterio de tu impenetrable futuro.

Los tuyos ni se imaginan el misterio de sacrificio
que ahora sólo es Sacramento.

Serenos y alegres
-por fin se cumplen tus ansias-
desciendes por las callejas en busca de Getsemaní,

para desarrollar en el tiempo de los mortales
lo que ya es realidad
en el Pan eucarístico de la Pascua.

No corras, Jesús.
Sobre tus huellas pisaremos
-descuidados, distraídos, curio-
sos, alarmados, compasivos-
al principio moviéndonos con prudencia.

Pero, alentados por tu amor,
nos alzaremos en tus caídas,
nos lavaremos con tus lágrimas y tu sudor,
nos ungiremos de tus llagas, y
-refrescada la boca en tu Copa-
llevaremos a peso contigo nuestra Cruz.

Sí.
A pesar de nuestra debilidad y cobardía,
vamos a seguirte, Jesús, hasta el fin:
hasta el grito que conmueve cielo y tierra;
hasta el escalofrío del caer de tu cabeza.

Acogeremos tu Espíritu,
amparándonos en tu costado,
fundiéndonos en tu corazón
-anclados en tu Eucaristía-
para alcanzar la gracia
-incomprensible, inmerecida-
de confundir la nuestra con tu vida,
de hacer de nuestra vida redención.

JESÚS EN EL HUERTO DE LOS OLIVOS

«Fueron a un huerto, que llaman Getsemaní, y dijo a sus discípulos:

–Sentaos aquí mientras voy a orar.

Se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan, empezó a sentir terror y angustia, y les dijo:

–Me muero de tristeza; quedaos aquí velando.

Y adelantándose un poco, se postró en tierra pidiendo que, si era posible, se alejase de Él aquella hora»

Mc 14, 32-35

La luna se asoma –redonda y segura– por la cima del monte de los Olivos.

Las aves de la noche gritan sus claves.

Getsemaní.

El huerto –vecino a Jerusalén, a su costado, a sus pies– ha sido testigo de alegrías. Fecundo en frutos, que se han dejado prensar en abundancia de aceite. Riqueza, seguridad y reposo para sus amos.

Retiro, lugar de paz.

Bajo la luna enorme de abril, ofrece hoy sus servicios a Jesús.

Viene él del amor a los suyos –hasta el delirio, hasta el extremo–; viene al amor de Yahvé.

Viene Jesús a esta paz para encontrar a su Padre; para fundirse en oración –querer con querer– con Él.

–Velad y orad; y no sucumbiréis en la tentación².

Ocho discípulos predilectos se guarecen en la gruta. Vigilia débil de manto, rescoldo y sesteo.

Un discípulo predilecto se rezagó, y regatea en las tinieblas.

Siguen al Maestro Pedro, Santiago y Juan.

Se aparta el Rabí de los suyos breve trecho. –Soledad con testigos–. A un tiro de piedra.

El ramaje de ese olivo cobija su abandono.

Suave clima en esta joven primavera.

Frente a Jesús –allá arriba; al otro lado del Cedrón– la inmensa masa en penumbra del templo. Bajo el pórtico, pálidas luminarias señalan sus ángulos.

Más lejos, cauce abajo, lucen las ventanas del Ofel.

Es ésta una noche única.

El mal hoy se ha dado cita.

Acude a Jerusalén –a este huerto– desde el más remoto pasado, desde el más incierto futuro, desde cada ángulo del espacio.

El mal que oprime y que mancha; que aturde y condena a

2. Mt 26, 4.

mujeres y hombres, los hijos de Adán.

El único que Dios no creó.

El hijo maldito que engendran –*seréis como dioses*³– el desatino y la rebelión. El padre de todos los dolores, de todos los gemidos, de todas las angustias, de todos los daños, de todas las penas, de todos los lutos...

En el huerto del Edén fue desatado, y se esparció a los mil vientos.

En este jardín se concentra para ser recogido, agavillado, anudado, transformado: sometido a voluntad.

Por amor a los suyos –hasta el delirio, hasta el extremo– Jesús va a ser el autor de esta empresa y su víctima; va a mostrar su señorío sobre el mal... Pero será, entonces, su presa y su fruto mejor: *Por nosotros hace pecado al que no conoce el pecado, para que por él lleguemos a ser justicia de Dios*⁴.

Bajo el olivo frondoso, Jesús ora.

–*Abbá!* ¡Padre!

Sí. Es ésta una noche única.

Desde la hora de la Cena, el rutinario fluir de los años, de los meses, de los días –siempre mirando adelante; siempre de cara al futuro–, se ha desconcertado.

Giran alocadas, vertiginosas –en ambos sentidos–, las saetas de los relojes.

Y es que, al contemplar de cerca el aspecto del Cristo, el poder de la Historia –que se ha creído, junto a él, en la plenitud de sus tiempos– se desanima, se amilana.

3. Gen 3, 5.

4. 2 Cor 5, 21.

Los diversos calendarios relajan su rigor y consienten el confluir de todos sus destinos en el plazo de las próximas horas.

Sin saber exactamente porqué, se acaba de disparar el proceso inflexible que conduce en breve al fin de los tiempos.

Jesús ora.

Ora como Hijo. El rostro hacia lo alto.

Sombras en la sombra... Sucios susurros.

Ora Jesús; ora y forcejea acosado. –Es el Mal–. *Me rodean como avispas, ardiendo como fuego en las zarzas⁵*.–Son los pecados–.

Ora, y encaja, y se agobia.

El Hijo de la Luz –Luz de Luz– forcejea y encaja y se agobia. Está haciéndose hijo unigénito de las tinieblas.

Getsemaní: prensa de aceite.

Almazara que exprime al Ungido.

Jesús –Perfecto Dios; Hombre perfecto– sufre sin límites. Su sensibilidad –honda, abismal; extensa, sin orillas– es viva y capaz, como un océano universal.

Divino y humano su corazón, para el amar, para el sufrir.

El temor, hasta ahora plenamente dominado, recrece y se agiganta.

Miedo a la soledad. Miedo ante el dolor. Miedo a la experiencia del mal.

Miedo, pavor, al sentir la maldad como algo propio.

5. *Sal* 117, 12.

El fantasma del miedo se disuelve en el espíritu de Jesús.
–*Mi alma está triste hasta la muerte*⁶.

Empapado –hasta los tuétanos– de sudor y de pecado bajo el peso de tanta culpa, Jesús es prensado y destila preciosa sangre.

Bajo el olivo frondoso, sobre la roca pelada, Jesús ora por todos sus poros; por todos sus poros sangra...

Sangre, manifestación del delito; precio de deudas, rescate; sangre que es vida, salud, redención.

Flaquean sus piernas. Vacilan las manos. –*Muero de tristeza*–. Carga un fardo, en parte, infinito.

Ya no ora en pie. No puede.

Derrumbado, postrado, derramado por el suelo.

El rostro en el lodo.

–*Padre mío, si es posible, que se aparte de mí ese cáliz. Pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú*⁷.

Un chispazo de Cielo, un silbido de Luz y de Amor –Yahvé, su Padre, le apoya y comprende– se afinca un instante en su alma solitaria. Un instante de Gloria segura; de cálida Paz.

Un instante⁸.

*El salario del pecado es la muerte*⁹.

El polvo de la tierra se va haciendo al calor de este cuerpo que, con toda justicia –aún sin culpa– volverá por la muerte al polvo.

6. Mt 26, 38.

7. Mt 26, 39.

8. Cf. Lc 22, 43.

9. Rom 6, 23.

* * * * *

Señor Jesús:

Cosechas afanoso en la oscuridad nuestras culpas y condenas, nuestros duelos. Acoges nuestras cadenas, nuestros clavos, nuestras cruces. Asumes, en agonía, nuestra eterna maldición.

A pesar de los pesares, quieres sobre tu querer.

Jesús: sacude nuestro sopor; aviva nuestra vigilancia.

Enséñanos a vivir conversando con Dios Padre. Hospédanos en tu Getsemaní. Adéntranos en tu oración.

Que la fuerza de tu amor y la intimidad de esta noche, de este huerto, despierten en nosotros sencillez y confianza, para poder sacudirnos hoy de encima –caen en tus hombros– desdichas, dolores, pecados... Todos. Hasta la última mancha. Hasta la última sombra.